

2002

El infortunio como valor épico. Una aproximación a la dimensión épica de la crónica novelesca *Infortunios* de Alonso Ramírez, de Carlos de Sigüenza y Góngora

Óscar Torres Duque

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Duque, Óscar Torres (Primavera-Otoño 2002) "El infortunio como valor épico. Una aproximación a la dimensión épica de la crónica novelesca *Infortunios* de Alonso Ramírez, de Carlos de Sigüenza y Góngora," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 55, Article 6.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss55/6>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

**EL INFORTUNIO COMO VALOR ÉPICO.
UNA APROXIMACIÓN A LA DIMENSIÓN ÉPICA DE LA
CRÓNICA NOVELESCA**
Infatunios de Alonso Ramírez, de Carlos de Sigüenza y Góngora

Óscar Torres Duque
University of Cincinnati

El exilio es la utopía.
RICARDO PIGLIA

Pórtico

Convoco aquí un día de mediados del año 1643. El lugar es un paraje preciso del Océano Pacífico, más exactamente a unos doscientos metros de las costas de una de las islas Fidji. El sitio podría llamarse también “El Punto Fijo”, pero “el sitio” no es solamente, sin duda, un accidente geográfico: es también un estado mental, un hombre y un barco. El barco se llama *Daphne*. El hombre se encuentra un tanto trastornado, pero no lo suficiente como para dejar de escribir lúcidas cartas a su Señora, suerte de Dulcinea del Toboso de los más galantes y aristocráticos salones del París de Luis XIII y de los zorros purpurados. El hombre es piamontés —como Umberto Eco— y se llama Roberto de la Grive.

La historia de Roberto no es muy larga, si bien un poco tortuosa, como preanuncia su relato, contado al barroco modo: tras participar en uno de los más feroces episodios de la Guerra de los Treinta Años, ha ido a París para entrar en contacto con lo más granado de la aristocracia intelectual y científica del momento. En París, la pluma corre prolífica y construye delirantes utopías poéticas; el “hallazgo” científico y la audacia imaginativa sobre las novedades del orbe están a la orden del día. Pero también se vive un clima de conspiración: las monarquías y los imperios ansían adueñarse de los nuevos conocimientos, del nuevo saber. De la Grive es perseguido por

conspirador por los esbirros de Richelieu, apresado y “embarcado”, en el más literal de los sentidos, en la más extraña y definitiva aventura de su vida: a cambio de su vida, se le pide servir de espía del Cardenal en acecho de las investigaciones cartográficas y cosmográficas de un caballero inglés, contratado por el gobierno holandés para una misteriosa empresa. De la Grive tendrá que embarcarse en Amberes a bordo del *Amarilis* un nombre más de la mitología barroca en calidad de ciudadano italiano amigo de la causa holandesa. El *Amarilis* se dirige a un sitio aún indeterminado del Pacífico, en los territorios de esa nueva tierra, que hoy llamaríamos Oceanía. Con el tiempo, De la Grive descubre que el inglés anda tras la determinación de “El Punto Fijo”, justo el lugar de la tierra donde el día se quiebra en dos: ayer y hoy; o mañana y hoy. Días después, el *Amarilis* naufraga y el único sobreviviente viene a ser —destino irónico— el propio De la Grive. El naufragio lo lleva a otro barco, el *Daphne*. Barco varado a la vista no lejana de una isla; equipado con la más sofisticada y fantasmagórica tecnología de investigación cartográfica y marina; pleno de provisiones para varias semanas. Y allí, De la Grive no estará del todo solo. En uno de los compartimentos hallará un curioso invernadero tropical, lleno de las más exóticas plantas y de aves de bello y variado color. Y alguien más lo acompaña, antes de perderse bajo su escafandra con dirección a la isla: el padre jesuita, alemán, Caspar Wanderdrossel, alucinado gestor de todo este sueño, “polizón” científico a punto de verificar la eficacia de su sueño.

Una poco típica situación, pero probablemente simbólica de una época y de un nuevo tipo de hombre: “anclado” frente a su propio saber (que no alcanza a poseer cabalmente), solo con una soledad que no ha buscado, dueño de una provisional comodidad (que no ha merecido), exiliado, sin poder nombrar lo que lo rodea, y escribiendo a un amor imposible cartas de improbable envío. Este Roberto de la Grive, que conoció en Casale al señor de Saint-Savin (Cyrano de Bergerac) y que ahora ve alejarse al “padre Caspar” (alias Athanasius Kircher), convoca aquí la más reconcentrada “época barroca” de Europa. Y, sin embargo, el barroco, que se ha convertido en su forma de expresión, lo muestra ajeno de sí mismo, incapaz de labrarse un destino humano “normal”, al arbitrio de otros, en últimas del “Otro”, sin poder acceder a ese Otro tantas veces concebido y reflexionado.

El heroísmo de dar la vuelta al mundo

Sin duda, Alonso Ramírez, el narrador protagonista del relato *Infortunios de Alonso Ramírez* de Carlos de Sigüenza y Góngora, no anda involucrado en tan altos enredos imperiales como lo estaba Roberto de la Grive, el protagonista de *L'isola del giorno prima*, la tercera novela de Umberto Eco. Sin embargo, las coincidencias son más que significativas por lo que ambos

tienen de viajeros involuntarios, de estar ambos al albedrío de un tercero, de no tener una meta geográfica determinada y sin embargo hallarla puntualmente, de pertenecer a una época de intriga internacional, de guerras de religión, de absolutismos pre-ilustrados, de descubrimientos científicos y geográficos y de miseria social. Y porque sus autores o “amanuenses” demuestran una inusual fascinación por la figura del viejo “Kircherio”, jesuita esotérico, científico “loco”. En ese panorama, la colonia americana significa tanto lo periférico y marginal como lo significan la mayoría de los pueblos (plural de “el pueblo” o clase popular) de la Europa de entonces, particularmente Francia y España.

Justamente en este mundo pleno de contradicción fue donde y cuando se avivó el pensamiento utopista: la necesidad de encontrar una alternativa a la cansada sociedad europea, cuya miseria social era paralela a la consolidación de los nuevos poderes absolutistas, en medio de las más cruentas y fratricidas guerras de religión. Moro y Bacon en Inglaterra, Bergerac en Francia, Campanella en Italia, idean todos “Ciudades del Sol”, más con un afán de denuncia histórico-social que con la esperanza, como Platón, de realizar un día el sueño de la sociedad justa, perfecta, rica, progresista, virtuosa, etc... A la búsqueda de la utopía corresponde el absurdo periplo de De la Grive. Y a una cierta creencia en la nueva utopía corresponderá también la obra de Sigüenza y Góngora, explícita en sus obras *Primavera indiana*, poema épico en octavas reales en alabanza de la Virgen de Guadalupe, y *Paraíso occidental*, crónica novelesca (al igual que los *Infortunios*) de la fundación de un convento de monjas en México, lleno de una fuerte carga simbólica utopista, como nos ha hecho ver Kathleen Ross en su trabajo *The Baroque Narrative of Carlos de Sigüenza y Góngora*. Pero en cambio esta declaración de la utopía de América —justo la utopía del Nuevo Mundo— no es tan fácilmente perceptible en el relato *Infortunios de Alonso Ramírez*. Quizá porque ella no se da sin el conflicto arriba planteado en nuestra invocación de la novela de Eco: hay otra clase de utopía, y es la del exilio permanente: el sueño de “no estar en ningún lugar” de la tierra, de no pertenecer a ninguna sociedad previamente constituida, como en aquella otra novela utopista, *Ehrewon* —anagrama de Nowhere— de Samuel Butler, se cumple allí, pero se cumple dolorosamente: esta utopía al revés —al fin y al cabo utopía—, la entrevén irónicamente, en nuestro tiempo, Aldous Huxley en *Un mundo feliz*, y George Orwell en su *1984*. Pero la opción es distinta: o te sometes a la sociedad perfecta, o aceptas ser un exiliado de ella. De la Grive es un exiliado de la Sociedad Científica (como el padre Caspar, alias Kircher); Alonso Ramírez es un exiliado de la Sociedad Católica, como veremos.

Desde este punto de vista, es muy sintomático el hecho de que el personaje de esta utopía al revés sea un hombre de frontera, tal como gustaría hoy a los investigadores del neobarroco y de los estudios

postcoloniales. Así como De la Grive es, para su desgracia, un italiano en medio de las rivalidades entre Francia, Inglaterra y Holanda, Alonso Ramírez es un puertorriqueño criollo, que nunca termina de ser asimilado a un español, y que en México, punto referencial de su partida y su llegada, no puede reconocerse en “su patria”, si bien México es el nombre de América que Sigüenza, como Bernardo de Balbuena, quisiera proponer como utopía del Nuevo Mundo o “Paraíso Occidental”. Alonso Ramírez es ya, de hecho, un cuasi-exiliado, por no identificarse o llevar un destino propio en Puerto Rico ni como español en España.

Ante semejante observación, la de la condición de apátrida de Ramírez, quiero enderezar este ya largo excurso hacia su objetivo, que es el de analizar el carácter épico de la obra, que veo suficientemente fuerte como para permitirme algunas conclusiones de carácter estilístico o de género. Lo intentaré, tentando un parangón con ciertos aspectos épicos y del héroe en *Os Lusíadas*, el poema heroico de Camoens, poema que a no dudar conocía bien Sigüenza, como muchos otros de la tradición épica clásica. Esta comparación se inicia, pues, con un contraste fuerte, pues de la condición de apátrida de Ramírez pasamos a considerar su cierta familiaridad con un poema eminentemente nacional o de propósito nacionalista. ¿No cantaba Camoens las glorias lusitanas, tanto más grandes que las de Ulises o Eneas, porque él decía que eran reales, históricos hechos debidos a la grandeza portuguesa?

La respuesta es obvia, pero incluso en el poema de Camoens el canto heroico no se da sin conflicto y sin problematismo. Vamos a afirmar, pues, en los *Infortunios* de Sigüenza una épica problemática, más bien atípica, justo la que produjo el barroco como exceso de sus propias conquistas y que algunos han llamado “manierismo”. Ni el poema de Camoens resulta tan “renacentista” ni sus octavas reales están tan radical y retóricamente lejos de la prosa de Sigüenza. Entre una y otra obra, el mundo barroco es el que se comprime, si bien los tonos son bien distintos. Creo que *Os Lusíadas* es ya una epopeya barroca (si ello no es una contradicción en los términos) y que lleva por tanto en sí los rasgos de la estructuración novelesca, que es el molde prosaico en que ya está metido conscientemente nuestro autor americano. Exactamente la misma inquietud que se ha tenido al deslindar el clasicismo epopéyico de la *Ilíada* de la imagería novelesca en la *Odisea*.

El heroísmo que aquí se invoca (esto es, que invocaron Camoens y Sigüenza) es el de, ante necesidades históricas de diversa índole, salir a recorrer el mundo, y ciertamente circunvalarlo para conquistar El Otro Lado. La perspectiva, por supuesto, es bien distinta, primero porque Alonso Ramírez no va a viajar por ningún encargo oficial, sino por razones más bien personales, y segundo porque para Sigüenza El Otro Lado es el lado de Acá (para decirlo con Julio Cortázar): el punto de partida es América, la nueva tierra, el otro. Vasco de Gama, en cambio, el héroe (más o menos) de *Os*

Lusíadas, es designado por el rey de Portugal para dirigirse a la India (o las Indias, que era el mismo propósito de Colón, al fin y al cabo): para colonizar y conquistar al otro, bárbaro, para dominar al mundo.

Pero las razones de Ramírez para viajar son bien particulares y tienen algo de semejante al carácter oficial de la epopeya nacional: escribe el narrador de los *Infortunios*: “Desesperé entonces de poder ser algo, y hallándome en el tribunal de mi propia conciencia, no sólo acusado, sino convencido de inútil, quise darme por pena de este delito la que se da en México a los que son delincuentes, que es enviarlos desterrados a las Filipinas” (37). El punto de partida de su viaje será, pues, un escrúpulo ético, un cierto compromiso —negativo— con el “ser algo”. Este hecho lo emparenta con el afán de gloria y de fama de Vasco de Gama, o con su idea de representar al pueblo portugués en el mundo. Lo emparenta también, de manera curiosa, con el poema portugués, por haber querido Ramírez darse un castigo “oficial”, un castigo en cierto sentido nacional para los delincuentes en México: con ello, el protagonista de los *Infortunios* asume, por negación, un destino mexicano: el del destierro; y se autoproclama delincuente (de sí mismo y de México, a pesar de que no era culpa suya el no haber podido progresar, porque a cada paso encontraba obstáculos y oscuros intereses). Obviamente, Gama partirá de Portugal con las banderas lusitanas bien izadas en clara señal de su procedencia y sus propósitos. Pero algo más hay de coincidencia entre el mexicano Sigüenza y el portugués Camoens, y que nos anticipa algunos aspectos básicos de la connotación picaresca de la obra que comentamos (e incluso, a despecho de su autor, de *Os Lusíadas*): se trata del hecho de que el propio Camoens hizo su primer viaje a la India (porque lo hizo, no precisamente acompañando a Gama, que ya había muerto) como única opción de salir de la cárcel, pues se hallaba en prisión por intrigas de corte y a causa de unos malhadados versos que había hecho rodar declarando su amor a una de las infantas. Así que Camoens, como tantos de los “soldados/de várias cores vem e várias artes”, eran ex prisioneros, cuyo único aliciente en aquel viaje era la esperanza de encontrarse con su libertad. Y así como para los portugueses la India representaba emblemáticamente su dominio internacional y la proeza de haber unificado al mundo, dando la vuelta al mítico Cabo de Buena Esperanza (y mejor, Cabo de las Tormentas), en el sur de África, para los españoles y sus colonizados de Occidente (“las Indias”, América) Filipinas era la colonia oriental más lejana, símbolo del imperio católico en las lindes del mundo. No obstante, el viaje a Filipinas no implicaba, como para los portugueses el crucial viaje a la India, una vuelta al mundo, pues los barcos españoles zarpaban de Acapulco, en el Pacífico, y recorrían sólo una amplia porción de este océano, pasando por las nuevas colonias de los holandeses, muy cerca de “El Punto Fijo”, para subir de nuevo al norte en la zona insular de Asia. Pero ya sabemos que “la vuelta al mundo”, anunciada en el título mismo de la obra, no “le sobrevendrá”

a Ramírez sino por involuntaria condición de prisionero, y después de haberse establecido en Filipinas.

En cualquier caso, la comparación se afina en este punto, pues, a pesar del orgullo nacional que pueda abanderar Vasco de Gama, la verdad es que nunca vemos ni una clara voluntad ni mucho menos un conocimiento y unas destrezas apropiados para cumplir su misión. Vasco de Gama es casi un títere de los designios de los dioses —Venus y Marte sus amigos, Baco el enemigo implacable— y es consciente de que no llegará a puerto alguno sin la ayuda de otros, incluso, a veces, de sus propios archienemigos traidores, los moros.

Pero el tema de la conquista del mundo bajo las nuevas normas y el nuevo orden universal, es el tema implícito. Se da por negación en el caso de la crónica de Sigüenza, pues el pobre y humilde Ramírez ve cómo ingleses, portugueses, holandeses, franceses, españoles y moros han creado un caos de intereses en los mares del mundo, y tiene que padecer, siempre al margen, ese choque de intereses. Y, más allá, lo cual es mi tesis central en este ensayo, llega incluso a erigirse en modelo épico, en capitán con responsabilidades restringidas, pero siempre humanas, y a constituirse por tanto en portador de una idea de “conquista” o de colonización (y más exactamente de «civilización») que, por ser demasiado subjetiva y personalista, pareciera no existir. Ya volveré sobre este punto; por ahora es importante advertir que también Alonso Ramírez fue capitán de “su gente”.

Ahora bien, se suele encasillar la obra de Camoens, preceptivamente, dentro del género denominado “epopeya histórica”, cuyo antecedente antiguo es la *Eneida* de Virgilio, dado que ésta elabora toda una historia mítica para explicar y escenificar la historia antigua y reciente de Roma. En el caso de Camoens, es más explícito el propósito de cantar un hecho histórico reciente: Camoens escribe su poema, se dice, hacia 1556 sobre una expedición portuguesa acaecida a fines del siglo anterior**. Se ufana, justamente, de cantar hechos verdaderos, si bien todo el hecho histórico está rodeado de los más pintorescos —a veces un poco grotescos— pasajes de imaginación mitológica, y son más activos, como personajes, los dioses griegos que los hombres portugueses del poema. De cualquier modo, la historia estaba ahí, como una especie de trofeo, tanto para Camoens como para Sigüenza, quien en el fondo nos quiere hacer sentir la veracidad de su relato en calidad de amanuense y sus implicaciones históricas o de verdad histórica, ni más ni menos que como las relaciones de Indias querían, basadas en la primicia de ser el narrador un testigo ocular de lo contado. En este caso, como en el portugués, lo “digno de ser contado” era justamente el hecho de dar la vuelta al mundo, aunque ello no fuese exacto en el caso de *Os Lusíadas*, pues para Camoens el solo hecho de cruzar el Cabo de las Tormentas implicaba para los portugueses una gloria que nadie ya les quitaría. El tema era muy del barroco, con el ingrediente del “descubrimiento”, y mejor, la conquista y

colonización de “otro mundo”. Como queda dicho, en Sigüenza ese “otro mundo” es el propio, y es en últimas el que lleva consigo un ser tan particular, tan sí-mismo, como Alonso Ramírez, personaje fronterizo. Detrás, pues, de la “epopeya histórica”, se oculta la postulación de un nuevo modelo de hombre, nacional y vanamente colectivo en el caso de Camoens, individual y ético-religioso en el caso de Sigüenza. Pero el catolicismo blandido en ambas obras podría ser comparado justamente desde su valor épico, que asignaremos al sentido del sufrimiento que aparece por igual en las dos obras. Por otra parte, este prurito histórico, que hace a Kathleen Ross decir que Sigüenza es ante todo un historiador, dejará en ambas obras una paradójica consecuencia: la desilusión (no había paraíso al final del camino; o de hecho, como en Sigüenza, el viaje era el castigo o el infierno mismo, merecido); y la desilusión conlleva el deje picaresco que incluso podía estudiarse en una obra tan “seria” y grandilocuente como el poema nacional portugués. Ramírez tampoco es, claro, un pícaro, y sin embargo su humildad y la cuasi-indignidad que ostenta o tiene que padecer lo insertan en ese escenario también barroco. Pero en los dos casos, el sufrimiento, la indignidad y la desilusión son producto de mirar una realidad histórica más de frente que cualquier otro autor épico. Evoco aquí, con la esperanza de retomar esta referencia al final de este escrito, el hecho de que Camoens se salga de casillas en el Canto VII de su poema, y en medio de la narración prorrumpe en amargo griterío alegando que nadie lo escucha a él como poeta y que Portugal no lo merece (estrofas 78 a 87) y, por supuesto, que el episodio final de la Isla de las Delicias él mismo lo explique como mera fantasía poética. Conclusión —para Camoens—: no hay más recompensa en esta vida dura, que la propia poesía, que además es presea de solitarios. La gloria está en el poema; no en la historia. No era, sin embargo, aquello de lo que se ufanaba el propio Gama, en su conversación con el rey moro de Melinde: “*Assim fomos abrindo aqueles mares,/que geração alguma não abriu*”.

Esforçados e infortunados: hacia un paradigma épico

El punto central de este ensayo consiste en derivar el carácter épico de la crónica *Infortunios de Alonso Ramírez* del concepto de heroísmo presente en el poema *Os Lusíadas*. El talante épico de las dos obras es bien distinto, pero el paradigma es el mismo y yo creo poder filiarlo (pero eso sería tema de otro ensayo, o más bien de una tesis doctoral) al modelo trágico del protagonista de la *Eneida* (por tanto de la “epopeya histórica”, que bien puede ser el inicio de la novela): un héroe que tiene que asumir un destino, contra su propia voluntad y consciente de las injusticias que puede cometer y de las miserias por las que habrá de pasar su pueblo. El modelo lo repite en cierto sentido el Dante protagonista de la *Commedia*, pues él mismo es

el héroe de su poema (en calidad de poeta, como ha recordado Carlyle), pero un héroe humilde y consciente de sus limitaciones. ¿Cuál es, entonces, este paradigma heroico? El del héroe juzgado por su capacidad de sufrimiento. Sufrir o padecer es aquí, tanto en el poema de Camoens como en la crónica de Sigüenza, el valor épico primordial, y delata una consistencia heroica. Sólo que, mientras en *Os Lusíadas* ese valor es asumido por un personaje en su calidad de símbolo nacional (y no como lección individual de vida), en la obra de Sigüenza sí se remite a las calidades o virtudes del protagonista, que en esa dimensión, la del sufrir, adquiere toda su catadura heroica como una muestra personal de entereza, de valor, y de modelo para otros, así esos otros parezcan estar muy lejos de él (y en últimas esos otros somos nosotros, los lectores). Por supuesto, el título mismo advierte que lo que va a relatarse son los “infortunios” de un personaje. Lo que además sorprende desde comienzos del relato es que ese personaje no ofrezca ninguna particularidad sino que se presenta como una persona común y corriente, puesta a contar su propia vida porque sí. En ello vemos un punto de quiebre —y al mismo tiempo una suscitación— con la picaresca: el pícaro al menos llama la atención por su propia indignidad y por la hipérbole de su envilecimiento y porque de antemano la vida se ha ensañado contra él y lo ha enseñado a ser diestro en las faenas de la supervivencia: la declaración de esa condición preanuncia un relato vívido y apresta al lector o auditor a escuchar. El relato de Alonso Ramírez se introduce como la autobiografía de un hombre común y corriente, pobre y de origen más bien humilde (no en exceso, pues es criollo) pero no miserable. Es por eso que empieza a buscar buena fortuna, acorde con su dignidad y su sentido del “ser algo”. Pero lo que retiene desde el comienzo es el anuncio de sus infortunios. Ello es lo que vale la pena de contarse, o seguramente en lo cual el autor considera que su personaje merece ser mirado. Ya veremos que así es, y que de su sufrimiento va sacando fuerza para liderar y proponerse como modelo de vida.

Lo que más nos sorprende en la lectura de *Os Lusíadas* es no hallar un héroe fuerte, como lo hallamos en todos los grandes poemas épicos, aun históricos, que conforman la tradición del género. No vemos fácilmente en qué se demuestra el heroísmo de Gama, y simplemente tratamos de hacer acopio de algunas de las voces admirativas de Camoens: prestarse para la tremenda hazaña (que se sabe peligrosa), ser justo, ser creyente en Dios, dejarse aconsejar, saber orar y tener un bonito discurso (si bien no tan excelso como el del propio Camoens, que reconoce haberle prestado voz para que hable a partir del Canto III). Es decir, un “héroe” absolutamente pasivo. Y fiel a ese designio, un hombre en la mejor condición para sufrir, para resistir: un verdadero resistente. Sufrir y padecer por la causa, por Portugal y por Dios, es la garantía de su cumplimiento ante el poema y ante su destino, y justamente lo que Gama siempre invoca cuando casi llorando eleva su voz al cielo para que los dioses, y a veces Dios, lo ayuden y lo

saquen del aprieto en que anda metido y del que no es capaz de salir por sus propios medios, situación bien frecuente a lo largo del poema: tanto en Mombaza, donde se inicia el transcurso presente del viaje a la India en el poema, como en Mozambique, en el Cabo de las Tormentas, en Madagascar y en la India. El acudir a la Providencia y a la instancia divina es propio de este tipo de “héroe”, que habla siempre de la “*fraca força humana*”. Por lo demás, por principio, el mar es siempre visto, a despecho de su condición de navegantes diestros, como un peligro inminente y una suma de tormentos, de espantos y de crueldades sin cuento. Y es justamente el mar el elemento que diferencia al “hombre grande” sólo por el hecho de tener que padecerlo (porque no se nos dice que el marinero lo domine o sepa conocerlo y sobrellevarlo). Dice el propio Gama al rey de Melinde en su discurso: “*Contar-te longamente as perigosas/coisas do mar, que os homens não entendem*” (Camoens, 195), como si los marineros fuesen seres especiales y no hombres normales. Es así que sus hazañas o su gesta, en vez de causar admiración, espantan (Canto V, estrofa 94). Pero la reverencia al padecimiento no es tanta o tan propia del mártir cristiano que el propio Gama llegue a preferirla con tal de seguir siendo capitán o jefe; es decir, incluso reniega de su atributo de tal, por los sufrimientos que acarrea; dice Gama en su discurso:

*Ó glória de mandar, o vô cobiça
desta vaidade a quem chamamos fama!
Ó fraudulento gosto, que se atiça
cuma aura popular, que honra se chama!
Que castigo tamanho e que justiça
fazes no peito vôo que muito te ama!
Que mortes, que perigos, que tormentas,
que crueldades neles experimentas!* (184)

Su contraparte, la del tormento y el peligro constante, es el constante miedo, antes imposible rasgo heroico, pero aquí enfatizado sin escrúpulo: “*Uma nuvem que os ares escurece,/sobre nossas cabeças aparece.//Tão temerosa vinha e carregada,/que pôs nos corações um grande medo*” (202).

Pero su típica actitud frente al peligro y su justificación están contenidas en estas dos estrofas del Canto VI, ya llegando a las costas hindúes, donde tampoco verá sus sueños cumplidos:

*Vendo Vasco da Gama que tão perto
do fim de seu desejo se perdia,
vendo ora o mar até o Inferno aberto,
ora com nova fúria ao Céu subia,
confuso de temor, da vida incerto,
onde nenhum remédio lhe valia,*

*chama aquele remédio santo e forte
que o impossíbil pode, desta sorte:*

[...]

*Se tenho novos medos perigosos
doutra Cila e Caribdis já passados,
outras Sirtes e baixos arenosos,
outros Acroceráunios infamados,
no fim de tantos casos trabalhosos,
porque somos de Ti desamparados,
se este nosso trabalho não te ofende,
mas antes teu serviço só pretende? (252-253)*

Nuestro *trabajo* y tantos *casos trabalhosos*, he ahí el concepto que empata con el de “infortunio”, en el sentido de “pasar trabajos”, tener que esforzarse demasiado, verse en penuria, soportar una carga. En dimensión épica podría asociarse con el original de “los trabajos y los días” de Hesíodo, cuando a la guerra se contraponía la paz del trabajo y del trabajo campesino: el concepto conlleva una dignidad, pero elevado al escenario guerrero, y en especial al “estar lejos de casa”, revierte a un significado diferente, el de la penuria y el dolor físico, que deben ser resistidos, aguantados, so pena de llegar a la postración, como vemos en el caso de Alonso Ramírez.

Por lo demás, una característica que rebaja al Gama que Camoens quisiera cantar (al fin y al cabo, el héroe que en últimas más quiere exaltar Camoens es a él mismo, como poeta y como hombre que vivió la aventura de un viaje a la India) es su candidez y su permanente condición de hombre engañado por los moros, de los cuales se predica en el poema, en general, que son traidores. El propio poeta expresa en uno de sus versos que nunca alabará al héroe que diga: “no pensé”, y por tanto su ingenuo héroe quedaría desvirtuado. Pero esta candidez hace parte de su pasividad, y de su “ser para el dolor”.

A “trabajos” también se refiere Sigüenza desde la dedicatoria de su libro para presentar a su personaje: “círculo de trabajos” dice, y parece que tuviese en mente una saga o, en efecto, un ciclo; y luego, termina la misma dedicatoria “consagrando” al virrey de la Nueva España “esta peregrinación lastimosa”. Todo lo que nos haga pensar en los “libros de peregrino” nos distraería aquí, sin embargo, porque Alonso, ya lo recordamos, no emprende su viaje como una búsqueda de algo o para llegar a una fuente especial o a una meta o a un santuario, sino como autocastigo a su “no poder ser algo”. No obstante lo cual, ello tampoco nos debe cerrar los ojos para especular sobre los ulteriores propósitos de Sigüenza y entender que era deliberado el haber tomado el testimonio de este hombre común y corriente, convertido en extraordinario por la cantidad de infortunios y por la cantidad de lugares

que visitó, pero sobre todo por representativo de un modo de vida americano, de un destino americano. Que en realidad “busca” a América, es algo que no podemos olvidar, por encima de lo que el propio Alonso Ramírez nos va contando. Sin embargo, ello no nos autoriza para hablar de peregrinación, salvo en el sentido en que el propio Sigüenza podía darle a esa palabra, tal vez pensando en América como un santuario, dato que confirman otras de sus obras, y especialmente *Primavera indiana* y *Paraíso occidental*. Más adelante, me referiré más en concreto a la significación católica de esta crónica, significación que se desprende de la dimensión épica, al modo como sucede en las novelas del ciclo artúrico en la Francia anglonormanda: héroes guerreros o de aventuras, en busca de significados espirituales para sus vidas.

Por ahora, lo que debe quedar señalado es que el personaje cobra toda su dimensión y su estatura en su capacidad de soportar penalidades y, en principio, en la pasiva gloria de saber describirlas y asumir una posición frente a ellas. Ya hacia el final del relato, vemos cómo Alonso Ramírez adquiere una actitud más activa y demuestra nuevas destrezas, pone en peligro su vida por salvar a los otros y en cierto sentido cumple una “hazaña”, la de sobrevivir en semejantes extremas circunstancias. Y por encima de todo esto, o justo como resultado de esta educación en el dolor (¿no sería acaso *Infortunios de Alonso Ramírez* una suerte de *Bildungsroman*?), su tenacidad y su estoicismo, que lo mantienen en un sentido cristiano y digno de la vida en medio de tanta miseria. Lo cristiano, entonces, y mejor digamos lo católico, pues otros elementos cristianos irrumpen negativamente en el relato, se va revelando así como una vocación para el sacrificio, y ésta sería una de las claves para entender al personaje Alonso Ramírez como un héroe. Leer la crónica de Sigüenza de esta manera no está lejos de una realidad literaria, y vemos que de la misma manera leyó el texto el licenciado Francisco de Ayerra, encargado de dar su aprobación al libro, cuando escribe sobre el personaje: “...sus infortunios son hoy dos veces dichosos: una, por ya gloriosamente padecidos, que es lo que encareció la musa de Mantua en boca de Eneas en ocasión semejante a sus compañeros troyanos” (Sigüenza 1902, 27). ¿Estamos ante un paradigma épico de época, ya rastreado desde la obra de Camoens? Es probable, pero yo prefiero seguir pensando en su filiación al héroe trágico-épico, que existe en la literatura épica occidental y universal desde tiempos inmemoriales; Vasco de Gama, en cambio, no es un héroe trágico, esto es, no tiene que cargar, aparte de sus infortunios, con su conciencia. Ramírez empieza el periplo por una voluntad autoflagelante y, aunque es cierto que de algún modo se purifica por sus padecimientos bajo el cautiverio en manos de piratas ingleses y todo lo demás que implicó su regreso a México, cae siempre tan bajo y es tan poco lo que puede hacer por los demás y por sí mismo (sin horizonte posible), que ello sin duda seguirá atormentándolo en el futuro de la narración, no importa

ya lo “dichoso” del hecho literario de Sigüenza. Es decir, su vida es una denuncia contra el mundo de su tiempo, en medio del cual sus virtudes no lograrían nunca opacar la opresión y la miseria.

Hasta el momento en que Ramírez decide partir para Filipinas, su vida, llena de trabajos, no se diferencia, sin embargo, de la de cualquier joven que trabaja a destajo aquí y allá, en lugares donde el empleo es escaso y la pobreza visita a la mayor parte de la población. Alonso, ya se ha dicho, es criollo, pero su padre español, desconocido para él, no le dio su apellido. Es por esto que no era fácil para Ramírez conseguir un buen empleo. No lo halla ni en Puerto Rico, ni en Cuba ni en algunas de las ciudades de México. Pero recordemos que consigue un empleo estable y bueno en la “soberbia ciudad” de México, también alabada por Balbuena como nueva metrópoli. Sale de allí no porque le fuese mal sino porque se va en busca de su pariente Ramírez a la ciudad de Oaxaca. Así que, en cierto sentido, y a pesar de la escasez de oportunidades, Sigüenza no nos quiere decir que todo sea miseria en América. Es en Oaxaca y Puebla donde empiezan sus desmedros, siempre empleado, como los lazarillos de la picaresca, de amos igualmente pobres o a punto de la quiebra. Se casa y pierde a su esposa, única mención marginal a una mujer importante en la historia. Y, como dije, es la visión de su propia pobreza y de su no-progreso lo que lo lleva a embarcarse para Filipinas a modo de castigo. Filipinas no es, por supuesto, el otro lado del mundo, primero porque era colonia española, y segundo porque el viaje se hacía por todo el Océano Pacífico. Lo importante en esta referencia es que los *infortunios* de Alonso se inician en realidad, no por razones de pobreza y escasez de oportunidades, sino por voluntad de autopunición. Alonso se dirige a Cavite, puerto que sabe destinado a muy pocos exiliados y presidiarios, pues allí hay mucho trabajo pero poca comida y poco sitio adonde moverse. Ciertamente un “presidio”, como lo llama en un par de ocasiones. Hombre con vocación de sufrimiento, sin embargo no sabe lo que le espera, y Sigüenza tal vez quiere mostrarnos a través de su relato, que definitivamente sí podría ser un *Bildungsroman*, que el dolor cotidiano nos enseña más que el exilio y el padecimiento escogidos. Pero en todo este comienzo, hay un matiz muy particular en relación con el personaje hacia su presunto heroísmo: el hecho de ser un inconforme, un hombre con un cierto ideal de vida humana, de “ser algo”. Alonso Ramírez es, contra todo su testimonio, un idealista. Hemos dicho que cuando se embarca para Filipinas ya no está buscando nada; pero en realidad ha estado buscando siempre la justicia, la autorrealización, una vida digna. Aquí no puedo agregar aún “y católica”, porque su giro católico se pondrá en primer plano sólo de la mitad de su relato en adelante (con lo cual se podría seguir insistiendo en que se trata de una novela de formación, género por lo demás exitoso en la época y en el siglo XVIII venidero).

Pero en sentido estricto, e independientemente del carácter trágico del

personaje que se autocastiga, los infortunios para Ramírez se inician en el momento en que es apresado por los piratas ingleses frente al puerto de Cavite. Salir de una prisión “tranquila” para caer en otra de constantes humillaciones. Aquí es donde el sentido del infortunio se matiza: si ya en Camoens vemos al héroe sufrir, como elemento fundamental de su virtud, en todo caso la propuesta del ennoblecimiento del dolor o del sacrificio supone un reconocimiento de dignidad: se sufre con altura, con dignidad. Yo lo cuestionaría en diversos pasajes de *Os Lusíadas*, pero se supone que Gama tiene un poder que nadie más tiene, y es el de poder acudir a Dios y que éste lo escuche de inmediato. Es un poder, claro, pero al mismo tiempo un inclinarse permanente, una humillación, apenas justificada por la razón religiosa y por el Otro a quien se pide, instancia todopoderosa. Pero por supuesto la épica heroica tradicional no gustaba de poner a sus héroes en semejantes desventajas (ni siquiera frente a los dioses; incluso a veces por no pagar el tributo debido, como Odiseo, sobrevenían los males). De cualquier modo, Gama sólo se humilla ante Dios (o los dioses; y, agregó yo dentro del espacio picaresco estrecho que permite la obra, también ante las circunstancias). Pero el relato de Ramírez de todo lo que padeció en poder de los ingleses nos *muestra* iniquidades y humillaciones sin cuento, envilecimientos de la dignidad humana que Ramírez prefiere soportar con tal de guardar la vida. Aquí se raya con lo picaresco, esto es, con el envilecimiento del pícaro en favor de la subsistencia o simplemente del estómago; pero no hay que confundirse: el sentido que para Ramírez tiene *la vida*, hemos dicho, es idealista y por eso vamos viendo cómo conservar la vida supone un caudal de posibilidades dignas y humanas, en contraste con la humillación y el tormento de ser más bajo que un esclavo ante los ojos del salvaje pirata. Ese sentido de la vida tiene un momento muy claro de iluminación (especialmente para el lector, luego parece ser un guiño de Sigüenza) y es cuando, en la sección cuarta, Ramírez cuenta cómo recupera su libertad y a continuación se da a la tarea de contar en detalle lo que antes no había contado, es decir, lo más indigno e inhumano de cuanto padeció. Hay un doble giro, épico y narrativo, en esta estrategia de no contar lo padecido sino hasta después de haberlo superado. Es el mismo que vemos a partir del Canto IX de la *Odisea* o desde el Canto III en *Os Lusíadas*: el propio personaje toma la vocería de su propia historia (Odiseo es el narrador entre los cantos IX y XII, así como Gama lo es entre los Cantos III y V), sabiéndose relativamente a salvo de los peores peligros y ante gente hospitalaria y confiable: para Odiseo, es el momento de contar en detalle lo peor de su retorno desde Troya hasta Feacia, especialmente los momentos críticos de Escila y Caribdis, la isla de Polifemo y el viaje, tras Circe, al Hades; para Gama, es la ocasión de contar no sólo su propia aventura sino la historia toda de Portugal (con sus glorias y miserias). En el caso de la crónica que nos ocupa, es obvio que Alonso no tiene que pedirle vocería a

ningún otro narrador, porque él lo es desde el inicio del relato***, pero es bien sintomático el hecho de que haya aguantado a ese momento de su relación para contar en detalle las peores iniquidades, recurriendo al típico *flash-back* narrativo a que hemos aludido. Este recurso, por lo menos en el caso clásico homérico, tiene la particularidad de poner una distancia entre personaje y narrador consiguiendo que “lo terrible” se relate en actitud laxa, relajada, según lo ha analizado sagazmente Harald Weinrich en su estudio *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*. Referir exaltada y emotivamente (traumáticamente, diría Freud) un acontecimiento que nos ha envilecido, como por ejemplo haber sido obligado a comer nuestros o ajenos excrementos, repite dolorosamente la vivencia y demuestra que no nos hemos separado del suceso, que no lo hemos superado, lo cual nos sigue envileciendo. Pero *narrarlos*, esto es, referirlos laxamente y con gracia poética, permite asumir como algo natural y superado hasta lo más vil e indigno. Sigüenza no desconoce el procedimiento, y en señal de que su personaje no se ha envilecido de hecho, a pesar de lo extremo de las vejaciones a que fue sometido, acude también al *flash-back* narrativo. Con ello, Alonso aparece contando los peores ultrajes pero desde la ventajosa posición de su nueva libertad, con lo cual se reafirma su condición de hombre libre y digno, y en tanto narrador lo que hace es enaltecer las bajezas que relata.

Este pasaje (sección cuarta) se introduce con la constatación de su “cambio” (relativo), de su particular atención a un sentido católico de la vida, que de paso subsume y engloba el sentido del sufrimiento y lo que él podría significar para el católico. Un nuevo concepto aparece allí que nos ayuda a entender el infortunio como valor épico: la paciencia; que fue lo que tuvo Ramírez, más que otra cosa, durante su cautiverio en poder de los piratas. Transcribo el inicio de la sección:

Debo advertir antes de expresar lo que toleré y sufrí de trabajos y penalidades en tantos años el que sólo en el condestable *Nicpat* y en *Dick* quartamaestre del capitán *Bel* hallé alguna conmiseración y consuelo en mis continuas fatigas, así socorriéndome sin que sus compañeros lo viesan en casi extremas necesidades, como en buenas palabras con que me exhortaban a la paciencia. Persuádome a que era el Condestable católico sin duda alguna. (Sigüenza 1902, 73)

Desde este momento, podemos rastrear un paralelismo entre las capacidades, cada vez más activas, de Ramírez (la de sufrir y la de ser líder y responsable de sus compañeros) y su talante católico, especialmente en el

modo de discernir las acciones de los demás. La conmiseración, la piedad y la caridad serán a partir de este momento rasgos fundamentales del héroe Alonso Ramírez y de quienes (en realidad sólo un personaje, Cristóbal de Muros, cura beneficiado de Tejozucu) trataron de ayudarlo. Tras haber soportado penalidades sin cuento, su condición es ahora la de apoyar y sufrir por los demás, rasgo que nunca veríamos, por ejemplo, en Vasco de Gama. Ello nos hace recordar que en todo este tiempo, desde su cautiverio voluntario en Cavite, Filipinas, Alonso Ramírez era el *jefe* del grupo de trabajadores y pescadores que fue sometido a cautiverio por los ingleses. Ramírez también es un caudillo. Pero uno católico esencialmente. Y si pensamos en el paradigma de un héroe católico, esto es, Dante en su propio poema (salvo si dejamos de lado el hecho de que cree firmemente en el poder de su palabra y de la poesía), recordaremos que la condición fundamental de este héroe es la humildad, atributo que supone una cierta pasividad (pero no total), por lo cual no es extraño o necesariamente degradante ver a Alonso agradeciendo y casi de rodillas a los piratas ingleses por darle su libertad. En un sentido católico, ellos fueron el instrumento de la providencia divina.

Sería un tanto ocioso hacer el inventario de todos los “infortunios” o trabajos que demuestran al detalle el carácter de la narración de Ramírez, esto es, su especial atención a la degradación humana pero desde una cierta perspectiva humanista (no picaresca): en la comida (comer sobras), en los oficios de servidumbre, en los castigos, en la constante amenaza de muerte. Luego de recuperar su libertad, que implica sin duda una nueva dimensión de dignidad, viene otro tipo de trabajos que son los de la supervivencia en condiciones desventajosas respecto del enemigo humano posible (siempre más bien inhumano) y respecto de la furia de la naturaleza. Aunque a decir verdad, y ésta es una de las grandes enseñanzas de la crónica, se demuestra que el principal adversario es siempre el mismo ser humano, dividido en facciones de intereses materiales, y degradado en su afán de sacar provecho de la desgracia de los demás. Entonces aparecen “trabajos” como tener que huir constantemente, defenderse de las tormentas y las enfermedades, conseguir alimento y agua, etc. En esta última parte de su relación, ya en territorio americano, pues es en las costas de Brasil donde se les da la libertad, no hay que perder de vista que Alonso Ramírez asume el rol de conductor y que entiende que su libertad —y por tanto su dignidad humana— depende y ha dependido de una voluntad católica de sobrevivencia: primero porque es por la intermediación de un personaje que él cree católico que él y sus hombres logran la libertad (los demás ingleses preferían darles muerte) y aun algunos efectos valiosísimos como la fragata, algunas mínimas provisiones y armas, y segundo porque su carisma católico se pondrá en juego para defender las vidas de quienes vienen con él, más que la suya propia. Para abordar nuestro último acápite, tengo sólo que recordar que, aunque personaje básicamente solitario (de destino solitario), Ramírez entra

en un destino común a partir del apresamiento por los piratas, asumiendo, en medio de la degradación incluso, el papel de capitán de su gente: “su gente” son: un español, Juan de Casas; un esclavo negro (del que sólo hay especificaciones al puro final del relato) y varios indios orientales, al parecer malayos e hindúes (que no filipinos, como lo recuerda en una ocasión). Este dato es fundamental para entrar en una reflexión sobre el paradigma épico, esto es, colectivo, que sustenta la crónica, y que a su vez está basado en una valoración del “infortunio” como aspecto humano que apunta a un sentido (probablemente católico) de la vida.

La utopía católica desde el exilio

Jesuita y ex jesuita, Carlos de Sigüenza y Góngora representa el espíritu loyolista en lo que tiene de dinámico, incluso de conflictivo con los esquemas sociales de una sociedad estratificada y a punto de escindirse en ilustrados y miserables, en poseedores y desposeídos, en cortesanos y trabajadores: ser apóstol de Cristo, guerrero (como de hecho lo fue López de Recalde), en lo que la Contrarreforma tuvo de beligerante, y ser un asceta espiritual, en constante reflexión y revisión de sí mismo, como se pondera en sus *Ejercicios espirituales*. Y en medio de estas dos caras del jesuita mayor, la apertura al mundo, al conocimiento y a la experiencia es notoria como lección para sus hijos espirituales más connotados y aguerridos de la época (y aun de la nuestra). Alonso Ramírez, que no puede ser tomado como un *alter ego* de Sigüenza, sin embargo refleja desde una suerte inicial de no-saber, esta apertura, pues con el correr de las páginas, de su historia y de sus infortunios puede mostrar un enorme caudal de conocimientos, una relación con otros *sustancialmente otros* —bien por su barbarie o por pertenecer a culturas radicalmente distintas a la suya—, una cierta espiritualidad, un conocimiento práctico tanto defensivo como ofensivo de la supervivencia y, sobre todo, una tolerancia a toda prueba, porque al fin y al cabo lo que genera una *educación* en el dolor es un umbral de tolerancia cada vez más amplio: para asimilar el propio dolor y para entender el dolor de los otros como la causa de muchos de sus desvíos.

La diferencia con *Os Lusíadas* aquí es sustancial, pues el paradigma católico del héroe en el poema portugués no surge de su intimidad solitaria, digamos mejor, de su reconcentrada morada en el dolor, sino en el hecho simbólico de encarnar un proceso histórico que ha de ampliar los límites del mundo católico a (“casi”) todo el orbe. Un catolicismo oficial (si bien no eclesiástico) y un poder institucional devenido de él son los atributos que finalmente ostenta Gama para ser escogido del destino y premiado por la Providencia. Su afán civilizador se cumple en el hecho de tocar las tierras indias y establecer comercio (también ideológico) con los nativos y sus

instancias de poder, afán para el cual los dioses Venus y Marte, alegorías *non-sanctas* o emanaciones de presuntas apropiaciones cristianas del imaginario grecolatino otorgan toda su generosidad y omnipotencia al héroe humilde, al *héroe peticionario*. Aunque una suerte de voluntad conciliadora con el moro “bueno” de Melinde orienta el poema hacia una superación del maniqueísmo evidente en la tradición de la juglaría roldanesca, el *otro* no parece ser objeto de civilización religiosa ni mucho menos sujeto de sus propias virtudes humanas. En cualquier caso, el sacerdote no es uno de los arriesgados aventureros que se embarcan para la India en función explícita. Ramírez tampoco lo es, pero hacia el final de la crónica sólo podría esperar redención (parcial), para sí y para “los otros”, de un “hombre de Dios”.

Ahora bien, no creemos, como lo anota de manera simplista Norma Hernández de Ross en el trabajo que cito en la bibliografía, que Sigüenza fuese un típico representante del clero opresor, especie deducida de sus marginales palabras admirativas a un par de clérigos en los *Infatunios de Alonso Ramírez* y porque mira fuera de contexto el hecho de que aprobase (Sigüenza por los ojos de Ramírez) la catequización forzada de los indios. Sin embargo, un sentido del ser católico —más allá de iglesias y de instituciones eclesiásticas— es lo que subyace a su crónica novelada. Por supuesto, es un hecho, y como “jesuitista” que era, que sí alienta un proyecto civilizador y un sentido, como dijimos, idealista de la utopía católica, contra todas las adversidades que el mundo de su tiempo podría oponer a que ese proyecto se cumpliera, de lo cual el mismo Sigüenza es el más consciente****. Pero ese proyecto civilizador no está fundado en la exclusión del otro, como da a entender la investigadora citada, esto es, por utilizar su misma terminología, que hay un proyecto de Cruz (y en el más literal sentido de la palabra), pero no de Espada. El episodio que cita Hernández, localizado en la etapa final de la “peregrinación lastimosa”, nos muestra a un Alonso Ramírez, capitán de su grupo de español, negro y sangleyes, en territorios yucatecos luchando por la sobrevivencia. Encuentran inicialmente a dos indios, vasallos del encomendero Juan González, y con ellos celebran el reencuentro con *seres humanos* —no propiamente ingleses, siempre dispuestos a reducirlos a esclavitud—, si bien mantienen una debida desconfianza, apenas lógica por la cantidad de vicisitudes por las que ha pasado Ramírez. En ningún momento la actitud de Ramírez es discriminatoria frente a estos indios, por lo menos en lo que a sentido humano supone la convivencia a partir de la sobrevivencia. Más recelos le produce a Alonso el encomendero González, con cuyos procedimientos no está de acuerdo generalmente. Hernández se basa en el hecho de que Ramírez haya permitido que se tomara como prisioneros a un grupo de indios después de tomarles (¿robarles?) sus provisiones, con el propósito claro de entregarlos en el pueblo de Tejocuco a un cura evangelizador que tenía resguardo de ellos allí. Es claro que Ramírez cree en las bondades, para los indios, de una

catequización, pero siempre y cuando ésta se realice sin violencia y sin transgresión. La razón por la que permitió el apresamiento de los indios fue justamente un modo de rebeldía ante la idea de González de robarlos y dejarlos ir: ello le repugna a Ramírez y por eso prefiere mantener a los indios en la caravana a Tejozucu. Y dadas las condiciones de todos en el nuevo grupo (los de Alonso, los de González y los indios cautivos), es claro que Alonso no considera “robo” el compartir los alimentos de los indios, única opción de sobrevivir hasta su destino final. En cualquier caso, en todo momento impidió que se maltratase a los indios. Como se ve, Alonso Ramírez ha cobrado en esta parte final del relato, y aunque las adversidades no han terminado para él pues va a seguir dependiendo de las caridades y benevolencias de otros más adelante (de otros más bien interesados y poco caritativos), una dimensión activa y por tanto de héroe del relato.

Otro punto interesante de esta completa dimensión de Ramírez como héroe y como modelo católico, tiene que ver con el hecho de que nunca nos deja saber la calidad de “otros” de sus hombres, salvo en una mínima alusión a la confiabilidad, más bien práctica, del único español que iba con él, Juan de Casas. En efecto, nunca vemos que discrimine a los sangleyes, hindúes o malayos, de su grupo. No nos hacemos los de la vista gorda con el hecho de que para él no están en el mismo rango de disponibilidad en cuanto a toma de decisiones y en cuanto a vocería, y ello probablemente tenga que ver con el hecho de que no fuesen católicos: pero no solamente no los discrimina ni oprime sino que, ya en la sección quinta, expone su vida por salvar las suyas. Por lo demás, también hace justicia cuando se topa con españoles injustos, como el Miguel que acompaña a los piratas ingleses “haciendo gala de mostrarse impío y abandonando lo católico en que nació por vivir pirata y morir hereje” (Sigüenza 1902, 86). Su proyecto, pues, no es racista ni es explotador, sino civilizador al modo de cualquier pensador utopista (no retrogradante a cualquier clase de arcadia).

No quiero dejar de citar aquí el momento crucial en que el héroe Alonso Ramírez surge enérgicamente de entre sus “infortunios”, reafirmandolos, para adquirir una categoría de héroe épico, esto es, de héroe que se brinda por los demás y no para sí mismo. Después vendrá una continuidad de actos valerosos y de socorro a sus compañeros orientales, hasta la resignación de tener que darles cristiana sepultura incluso (que delata su respeto por esos otros), pero este momento es particularmente significativo y típico de una descripción epopéyica:

Considerando el peligro en la dilación, haciendo fervorosos actos de contricción y queriendo merecerle a Dios su misericordia sacrificándole mi vida por la de aquellos pobres, ciñéndome un cabo delgado para que lo fuesen largando, me arrojé al agua.

Quiso concederme su piedad el que llegase a tierra donde lo hice firme, y sirviendo de andaribel a los que no sabían nadar, convencidos de no ser tan difícil el tránsito como se lo pintaba el miedo, conseguí el que (no sin peligro manifiesto de ahogarse dos) a más de media tarde estuviesen salvos. (97-98)

El sentido del “infortunio” se ha convertido aquí en el del “sacrificio”, con todas sus connotaciones cristianas pero sobre todo épicas. Educarse, pues, en la privación y el dolor, no tenía más objeto que preparar al hombre-sagrado (tal el significado etimológico de la palabra “héroe”) para su muerte en aras de los demás. Ello no sucede, lo cual deja abierta, modernamente, la puerta a una más intensa y eficaz protesta por la injusticia en el mundo y por el valor del sacrificio aunque en el mundo no sea reconocido.

Porque, en efecto, Alonso termina o sigue siendo al final un exiliado, incluso un exiliado de su propia sociedad religiosa, pues permite denunciar, a través de su relato, que los sistemas que ha creado su Iglesia para el advenimiento y la conservación de un orden espiritual y mejor han sido fallidos (y por tanto generalmente injustos). Que no entre a cuestionar abiertamente a ninguna de esas instituciones, lo cual sería más pobre para un texto literario, tal como le reprocha a Sigüenza Norma Hernández de Ross, es irrelevante ante el contexto cerradamente individualista (pero no egoísta) que ha construido el propio Sigüenza. Ramírez está encerrado en sí mismo porque entre otras cosas ha querido castigarse por no haber sido “algo”. Con el transcurso del relato entendemos que también Ramírez está aprendiendo de sus infortunios y de sus miserias (a diferencia del pícaro y por tanto reafirmando la hipótesis de la *Bildungsroman*) y que se afianza en su fe católica como fuerza para resistir (valor básico: sufrir) y como aliciente para luchar por otros y salir del ensimismamiento a que lo condena el mundo en que vive. Pero la verdad es que, salvo la caridad del cura Cristóbal de Muros, beneficiado de Tejozucu, y la propia y literaria de su autor Sigüenza, quien lo escucha y le da voz y presencia heroica, Alonso Ramírez está solo y sigue siendo un exiliado. Pero un exiliado que conoce bien el mundo y sabe sobrevivir *dignamente* (esto es, católicamente), en él.

OBRAS CITADAS

Camões, Luis de. *Os Lusíadas*. Lisboa: Publicações Europa-América, 1980.

Eco, Umberto. *L'isola del giorno prima*. Milano: Bompiani, 1994.

González, Aníbal. "Infortunios de Alonso Ramírez: picaresca e historia". *Hispanic Review* 51 (1983): 189-204.

Hernández de Ross, Norma. *Textos y contextos en torno al tema de la espada y la cruz en tres crónicas novelescas*. Cautiverio feliz, El carnero e Infortunios de Alonso Ramírez. New York: Peter Lang, 1996.

Ross, Kathleen. *The Baroque Narrative of Carlos de Sigüenza y Góngora: A New World*

Paradise. New York: Cambridge University Press, 1993.

Sigüenza y Góngora, Carlos de. *Infortunios [de] Alonso Ramírez...*Madrid: Pedro Vindel, 1902.

—, *Primavera indiana*. México: Ediciones Vargas Rea, 1945.

* La obra, publicada en México por los Herederos de la Viuda de Bernardo Calderón en 1690, se titulaba: *Infortunios que Alonso Ramírez, natural de la ciudad de S. Juan de Puerto Rico, padeció, así en poder de ingleses piratas que lo apresaron en las islas Filipinas, como navegando por sí solo, y sin derrota, hasta varar en la costa de Yucatán; consiguiendo por este medio dar vuelta al mundo*.

** La primera edición de *Os Lusíadas* se hizo en Lisboa en 1572. Camoens habría nacido en 1524 (hay muchas dudas y discusiones) y murió en 1580. La expedición de Vasco de Gama es de 1498.

*** Aunque ya sabemos que el narrador se encuentra al final de la crónica con *su autor*, anécdota que le da nueva y definitiva perspectiva al relato.

**** Se establecería aquí parangón interesante con esa otra figura interesante del "clero marginal" en la América colonial que fue fray Servando Teresa de Mier, en la visión que de él da otro novelista hispanoamericano, Reinaldo Arenas en *El mundo alucinante*.